



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547. - Teléfono 1843
Telégrafo: LIBROJA Horas: de 9 mañana á 4 tarde



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth

J. ALCAIDE DE ZAFRA
La pudorosa inglesa.

M. ORTIZ DE BOMBARDA
No era mi mujer.

A. VALERO MARTIN
En la mina.

RAFAEL LEYDA
Don Trinidad.

A. RODRÍGUEZ DE LEON
Camafeo galante.

TOVAR, RIDORIN,
OTELO, ESTEVANILLO
EQUIS y LUCERIT

Varios dibujos y retrato de
Pilar Galán.

CARAS BONITAS



PILAR GALÁN

*Es bien parecida y canta muy bien. Con dos «pilares» así
se puede sostener cualquier coliseo.*

Biblioteca Regional de Madrid

5 cénts.

SECCION VERMOUTH

MIENTRAS los ejércitos beligerantes siguen descacharrándose de lo lindo, nosotros, por hacer algo, nos hemos enredado en una discusión un tanto escabrosa, sin que yo deje de reconocer que la cuestión es en extremo interesante. A saber:

«Desde el punto de vista de la defensa de nuestros intereses económicos ¿cuál de los combatientes nos convendrá que triunfe?» «Eco il problema», que decían los italianos de la Via Ambasciatori a canto da Via de les due Sorelles (Léase calle de

Embajadores esquina de la de Las Dos Hermanas).

Como es natural, hay muchos que opinan nos conviene que venza el kaiser, y otros muchos afirman resueltamente que la felicidad de España está en que triunfen los aliados. También existe una tercer opinión partidaria de que, gane quien gane, lo que nos interesa es aprovechar las circunstancias y expansionarnos todo lo que podamos, comercialmente hablando.

Yo estoy con los últimos; eso de la expansión me apetece á rabiar. Por mi gusto me pasaría la vida expansionándome cada cuarto de hora. ¡Se ve por ahí cada socia expansionable!

LA MODA AL REVÉS



—Pero, chica, estos modistos están locos. Ahora os abren el descote por abajo. ¡Lo que tiene una que ver!

Los que discuten las dos primeras opiniones no llegarán seguramente á un acuerdo porque, mientras unos dicen que la influencia germana transformaría nuestra idiosincrasia, los otros sostienen que la influencia franco inglesa es la que mejor se adaptaría á nuestro temperamento. Y como todo es cuestión de influencias, se hacen un lío, á pe- ar de ser e- te el país donde hasta para morir se hace falta que alguien le recomiende á uno, porque tiene la seguridad de que de otra manera le tratarán á batacazos en el otro barrio.

Pensando un poco la cosa, y dejando á parte apasionamientos que ciegan, lo más prudente sería ser ecléptico, o si se quiere paucista.

La política alemana tiene sus pros y sus contras, como la tiene la anglo francesa; son, en efecto, procedimientos totalmente distintos, pero para eso se escoge lo que más conviene de unos y otros.

Así, por ejemplo, á éste le agrada más á la francesa, y á aquél le gusta muchísimo á la alemana, ¿pues por qué privarles de sus caprichos respectivos? Además, conviene no olvidar, que aunque es nación neutral, hay una enormidad de partidarios del método á la italiana.

Por otra parte, téngase también en cuenta que este es el país de las tradicio-

nes y abundan los que sólo les satisface el rancio sistema de á la antigua española. Nada de cambiar de posturas ni de moditas exóticas; el camino recto y nada más.

Como se ve las opiniones son tan diversas que no se podrá llegar á una conclusión que aúne todas las tendencias. Pero qu da un recurso último y de seguro resultado. Ya que los hombres no se entienden, será conveniente inquerir la opinión femenina. Anticipo que serán de mi modo de pensar: Libertad de sistemas y de procedimientos, que en materia de gustos, hay mucho escrito.

Habrá unas que se descomponen por la influencia francesa, y otras que se sientan jalea pura pensando en la influencia germanófila y aún quedarán otras como algunas que yo conozco partidarias de los dos sistemas diplomáticos.

—Ambos tienen sus encantos —me de ia la otra tarde una de las aludidas—. El alemán es enérgico, el francés embriagado y el italiano dulce, como una naranja de los huertos de la campiña napolitana.

Claro es que mi interlocutora se refería exclusivamente á las características del lenguaje diplomático de los tres países.

Pero ahora les falta por conocer otros sistemas, que no todas están obligadas á saber.

La influencia de los cosacos, la de los indios, la de los senegaleses... porque en esa ensalada de razas que han metido en Europa los ingleses, resulta que como dure un poco la guerra, va á ser una terrible confusión de colores y de lenguajes.

Y es lo que decía ayer una jamona muy aficionada al cosmopolitismo, aunque algo defectuosa en la pronunciación.

—Eso es una deliciosa torre de Babel y «va á ve!» que ir al teatro de la guerra para gozar del espectáculo, y poder dar fe en su día. Yo reclamo un puesto en la línea de fuego.

Realmente es para preocuparse un poco.

LAS IMPACIENTES



—Ya ves, en Junio saldré oficial y nos casaremos. Te faltan, pues, muy pocos meses para ser feliz.

—Sí pero de buena gana me cambiaba por mi hermana mayor, porque ayer me dijo que sólo la faltaba un mes para cambiar de estado.

Aludo al sexo fuerte. La mujer es un ser excesivamente curioso, como lo prueba las desdichas que venimos pasando desde que á Eva le picó la curiosidad, y se empeñó en ver lo que tenía dentro la manzana del pobre Adán.

...Y si ahora les entra la misma picazón á las herederas de la primer mujer, y les da por ir á gozar del espectáculo de conocer los procedimientos políticos, económicos y diplomáticos de indios, negros y amarillos, corremos el riesgo de que las satisfagan más que los continentales. Y en ese caso ¡Adiós nuestra Expansión!...

Un pequeño REPORTE

AMOR CONYUGAL



—Suelta, animal, que me vas á ahogar. Me tienes ya con la lengua fuera.

—Si, pero como la sacas para intranquilizarme, no te suelto.

~~~~~  
POR ESOS MUNDOS DE AMOR...

## LA PUDOROSA INGLESA

Por el Hall de L'A hembra discurría, firtesando, tan digna co no hermosa y de no vería allí... ¿quién juraría no era una *lady* y sí una... valeidosa?..

Que así como en París toda marquesa, suele tener un aire de mundana, tiene, en Londres, un aire de princesa cualquiera distinguida cortisana.

Llegóse á mi, disimuladamente. Dijo una frase. Me miró al descuido. Una cifra indiqué, tímidamente. Replicó:

—Yes.. Y esusto concluído..

A terminarse la función, espero del Music-Hall hallarla á la salida... La encuentro, y, en un *cab* que huye ligero, á su casa llegamos de seguida.

Todo en el *home* es distinguido y bello. Me invita á descansar con gentileza.

Se destaca, y alíase el cabello, y abandona el abrigo con presteza.

Toma luego un biombo y lo coloca, abierto, en un rincón... Tras él se oculta... (Yo, hacer la deajo y sig' p'uno en boca! aunque algo extraño aquello me resulta).

Llega á mí, en el silencio de la estancia, rumor de seda, elásticos y holanes... y una incitante femenil fragancia que echa por alto mis pasivos planes.

—¿Sales ó no?... —le grito ya nervioso.— ¿O es que quieres que vaya yo á buscarlo?..

—¡Al fin.. como español, lo pudoroso de una inglesa, no llegas á explicartel!..

—¿Que no?... ¿Veras si me lo explico ahora?... —¡No llegues!.. ¡Por favor!.. ¡Yo te lo ruego!..

(Y, tras una visita encantadora, con piadoso tono, exclama luego):

—¡Espera... que ya salgo de esta cueva!..

(Y plegando el biombo, ingenuamente, queó ante mí, vestida... como Eva... tendiéndome los brazos, sonriente!..)

J. ALCAIDE DE ZAFRA

Londres.

## A PALABRAS NECIAS...



—Mira, Lolita, escúchame, que si no te voy á dar que sentir... Anda, vuélvete, óyeme, mira que tal como están las cosas no sé qué camino tomar...

# NO ERA MI MUJER

(Para mi admirado maestro D. César Jalón).

## I

EL 27 de Septiembre de 1901 cumplí treinta y seis años.

Aquel día fué doblemente célebre en mis fastos familiares, porque, amén de ser mi fiesta onomástica, realicé la grandiosa hazaña de aprobar el examen de ingreso en el Instituto del Cardenal Cisneros, donde acabé el bachillerato en 25 de Septiembre de 1905, esto es, á los justos cuarenta años después de mi nacimiento.

En 13 de Septiembre de 1912, me licencié en la Facultad de Medicina de esta Corte.

Como pueden observar mis lectores, todos mis exámenes los dejé para Septiembre.

Y es que los grandes hombres somos unos hijos de las grandes paradojas.

Yo sé de más de una gloria patria —excepción hecha de Gloria Laguna— que en los comienzos de su profesión eran medianías y luego se encumbraron. Echegaray tiene un suspenso en matemáticas y dos en literatura; Vives no pudo aprobar el preparatorio de solfeo en una academia de la Barceloneta, donde se estudiaba el método de don Hilarión, y así otros muchos que hoy están en la cúspide.

También se da, á veces, el caso recíproco, es decir, el de que genios precoces lleguen á la pubertad hechos unos solmnes mostillos. Por ejemplo: D. José Roca Mora obtuvo un sobresaliente con matrícula de honor en gramática castellana.

Afortunadamente para mí, yo soy de los del primer grupo.

¡Qué bruto he sido de chiquitín! Y en cambio al conseguir el doctorado, á los cuarenta y nueve años, empecé á destacarme por mi extraordinaria cabeza.

Después de ser tal doctor, no recuerdo haber cometido otra barbaridad que la de matrimoniarme con un ángel, si señor un ángel rubio de sedaña cabellera y ojos azulencos.

## CONSEJO PRUDENTE



—Mira, Lulú, ten mucho cuidado con lo que haces y no metas la pata.

— Parece mentira que me digas eso, sabiendo que no hay noche en que no la metas tú.

## TODO ES MUSICA



—¡Pues no necesitáis pocos instrumentos para el tocado!  
—Naturalmente; como que los instrumentos se han hecho para eso, para tocar...

Eso que á primera vista no parece una barbaridad, ni mucho menos, á ocho dias vista resulta una animalada incontrovertible.

## II

Las diez, Pepe Iriarte me esperaba en la acera de la Puerta del Sol, frente á la confitería de «La Mallorquina».

—Buenas noches, Pepe.

—¡Saluquí, Bombarda! —murmuró mi amigo que era más chulo que un pañuelo «encarnao».

Nos hablamos citado allí, punto de cita más económico que ningún otro, al objeto de entrevistarnos luego con unas demivierges. Pero antes de romper á andar mi amigo Iriarte me detuvo con un gesto. Se echó mano á la cartera y sacó una carta que leí estupefacto:

«Señor Iriarte: su amigo el doctor Bombarda, á quien espera usted esta noche con propósitos «non santos», acaba de matar á un niño que padecía escarlatina.

¿Se acuerda usted, señor Iriarte, del arquitecto que construyó la escalera de su casa? Pues el doctor Bombarda es tan bru to como ese arquitecto, y mucho más que la escalera.

De usted afectísimos, XX y CC».

Esos señores anónimos me calumnia ban; precisamente la escarlatina y el his

terismo son mi especialidad.

Devolví la carta á su poseedor y emprendimos el camino silenciosamente.

Ibamos á la calle de Echegaray; pero antes decidimos tomar café en Nueva España.

Iriarte me indicó la conveniencia de sentarnos en el turno de Gertrudis.

¡Toda una moza esta Gertrudis! Alta, opulenta, de rojos labios sensuales y la nariz, como la madre tierra, un poco achatada por los polos.

—¡Echanos de beber café! —gruñó Iriarte.

Se alejó, jarifa,

Gertrudis, volviendo á poco con el servicio.

—¡A mí, café sólo! —ordenó Iriarte á quien se le habían encandilado los ojos.

—¿Y usted?

—¡A mí, leche! —gruñí yo, que empezaba á impacientarme.

Pagó Pepe Iriarte. Una peseta los dos cafés.

Gertrudis dió las «gracias» y se embutió la moneda en una faltriquera que, pendiendo de la cintura, bailaba, juguetona, en su entrepierna.

## COSAS DEL HOGAR



—No te tapes para reírte. ¿No ves que te lo noto todo por encima de la ropa?

## III

Hedía aquel tugurio. La casa era propiedad de «ñá» E peranza, ó, cuando menos, eso decía un rótulo grabado sobre una porcelana en la puerta.

El salón, chiquitín, raquítico; apenas cabían los dos divanes y el piano. En les divanes, de raído peluche, esperaban sentadas, con aire de resignación, las dos pupilas que componían la guarnición de la casa.

Al entrar nosotros, el pianista, ciego de gota se rena, arrancó, á viva fuerza, al piano las primeras notas del tango argentino.

Iriarte se ciñó á una de las pupilas.

—¿Y tú, Quasimodo, bailas el tango ó prefieres el oso? El oso te irá mejor ¿no?

La que me nombraba Quasimodo, era una mujer joven de edad; pero vieja en su vida de mercenaria. Tenía la cara ovalada y correcta —cara de virgen loca—; los ojos negros, grandísimos y pintados; la nariz respingona y chiquita la boca, cuyas comisuras prolongaba grotescamente el carmín...

—No sé bailar —repliqué ruboroso.

—¿Y sentarte, sabes sentarte?... ¿Si? ¡Pues apósentate, Narciso! — y me señaló un sitio, á su lado, en el diván.

Mi amigo desapareció con su pareja. El pianista hizo un alto, apiadándose del tec'ado.

—¡El pobrecito es ciego! —observé en alta voz.

—Sí, en efecto. ¿Y tú? ¿Qué eres tú?

—Yo soy... doctor.

—¡Vaya, doctor! ¡Tú todavía me vas á resultar un Monsieur Loubet!

Me miró con fijeza... clavando en mi sus dos ojazos.

Y para reanudar la conversación:

—¿Has estado en San Carlos? —interrogué.

—No me acuerdo...

—¿Cómo te llamas?

—Me ocurre como con lo de San Carlos.

Aquella mujer enigmática me interesaba profundamente, pues era de notar que, pesase á la relajación de sus costumbres, entornaba los ojos y plegaba los labios en un mohín de honestidad, y de cuando en

## CRIADA INDISCRETA



—Diga usted á la señora que esto va á ser más largo de lo que yo creía.

—¡Ay, doctor, qué contenta se va á poner!

cuando, hacía bajar las faldas á ras del zapato ¡la muy púdica!

En fuerza de estudiarla, aún en el menor de sus movimientos, deduje que aquella mujer padecía de histerismo.

—¡Honrada, honradísima! — decidí en mi interno —; aquella mujer era honrada. ¡Y buena, buenísima, la bondad hecha carne... de burdel! De sus acciones involuntarias, pidiérase cuenta á su histerismo.

Mi amigo volvió al salón. Colgada de su

brazo, entraba con él la otra pupila. Se besaban.

## IV

Luisa, la rubia de la calle de Echegaray, fué mi mujer. Mi ciencia la salvó de su histerismo; mi mausedumbre la redimió de su cautiverio en la prisión de «señá» Esperanza...

Nos casamos y vivimos algún tiempo felices.

Pero ayer, al pasar yo, casualmente, por la acera de la Puerta del Sol frente á «La Mallorquina» mi amigo Pepe Iriarte, me apostrofó de esta suerte:

—¡Eh, tú, bobín, bovino! ¿Vas á buscar á tu mujer? Pues ha ido á una visita. La acompañaba Juan Rana... Por la calle de Preciados la encontrarás...

—¡Mientes! — clamé yo en el paroxismo de la rabia —. ¡Mientes! aquella no era mi mujer. Mi mujer es la Luisa curada de histerismo, el ángel rubio, la santa; esa otra es la misma Luisa, pero la irresponsable, que bajo la impresión de un nuevo ataque, no sabe lo que se hace, ni lo que me hace...

Es que, con frecuencia, la repiten los ataques de su antigua enfermedad, y entonces no es culpable de nada...

¡Esa no era mi mujer!... Volverá á serlo cuando sane.

M. ORTIZ DE BOMBARDA

## EN LA MINA

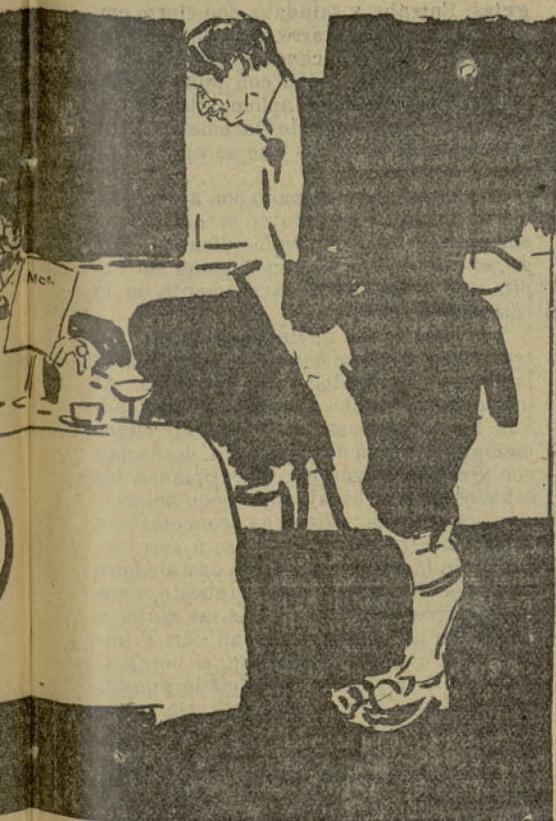
En la densa noche  
obscura y helada,  
cuando en tibio nido préstanse los pájaros  
calor con su alas,  
y callados duermen  
en las secas ramas  
de árboles gigantes, sombríos, sin hojas  
y faltos de savia;  
cuando el poderoso  
dormido descansa  
en lecho de plumas, y los niños sueñan  
en mullidas camas,  
y parece muerta  
la ciudad callada,  
donde nada turba el glacial silencio  
de las horas largas,



—Y después de esto. ¿qué vas á tomar?  
—Chico, lo que quieras. Ya sabes que á mi me entra.

y pálida luna,  
con su luz fantástica,  
desde el cielo alumbrá á las retorcidas  
calles solitarias...  
Cuando todo duerme  
y en calientes cuadras.  
sobre blando estiércol, reposan tendidas  
las bestias cansadas,  
la mina, en su fondo  
de tinieblas, guarda  
millares de obreros, cuadrillas de humildes  
legiones esclavas;  
hombres demacrados,  
de vista apagada,  
pechos jadeantes y brazos rendidos  
y corvas espaldas,

TÍONOMA!



me extra todo; tengo unas tragaderas envidiables.

trabajando ansiosos  
como bestias mansas,  
para hacerse fuertes contra la miseria  
de sus pobres casas;  
y juntos con ellos  
sus hijos trabajan,  
pobres angelitos que llevan la anemia  
pintada en sus caras,  
de ojos apagados  
y mejillas pálidas  
y labios cloróticos, y sucias, mugrientas  
melenas rizadas!...  
Jóvenes chicuelas  
con fatiga arrastran  
grandes carretillas repletas de hierro  
que la mina guarda.

Empujando ansiosas  
su crecida carga  
con febril e fuerzo, luciendo huesudas  
débiles espaldas...  
Respirando todos  
con placer, con ansia,  
gases perniciosos que envenenan lentos,  
óxidos que matan...  
Cuando sonriente  
llega la mañana,  
la mina de hierro les escupe afuera  
y van á sus casas,  
formando en la calle  
triste caravana,  
y en lechos con mugre, reposan rendidas  
sus carnes esclavas!  
Otros infelices  
á la mina bajan,  
y llenan su fondo, cálido y obscuro  
de nuevas entrañas,  
hasta que la noche,  
sombria y heada,  
llega silenciosa, y la mina hambrienta  
otros hombres traga,  
que desaparecen  
por su boca larga,  
y llegan al fondo preñado de gases  
y óxidos que matan,  
y el trabajo empiezan  
como bestias mansas,  
para hacerse fuertes contra la miseria  
de sus pobres casas.  
Cuando todo duerme,  
cuando todo calla,  
cuando en tibio nido préstanse los pájaros  
calor con sus alas,  
y en amplios establos  
y calientes cuadras,  
sobre blando estiércol, reposan tendidas  
las bestias cansadas...

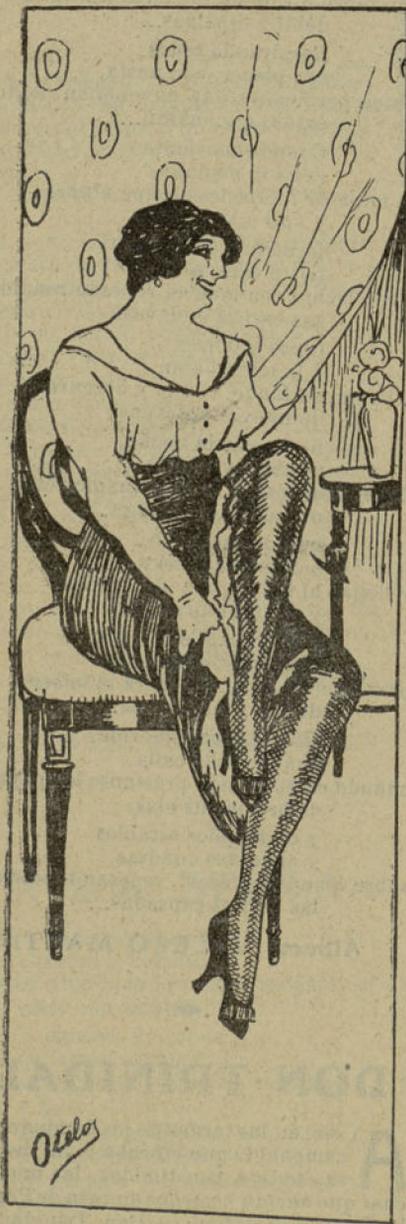
Alberto VALERO MARTIN

## DON TRINIDAD

**A**L oír, en las tardes de los domingos, la  
campanilla que vibraba leve, indeci-  
sa, tocada con timidez, las mucha-  
chas que *hacían comedor* en casa de Pepita  
la Fiora, gritaban: — ¡Don Trinidad! —  
y una de ellas corría á abrir.

Entraba un viejecito limpio, pulquérri-  
mo, de cara afable, cuidadosamente rasu-

## FILOSOFANDO



—Y luego dice Carlitos que no sé dónde me aprieta el zapato...

rada, con ojos azules y un bigotito blanco que se ensortijaba graciosamente en las grietas. Entraba y saludaba con cierto embarazo. Sólo al sentarse, tras de dejar sobre una silla la planchada y brillante chistera y la caña de indias con puño de plata, parecía recobrar el aplomo. Sacaba entonces un paquetito de caramelos é iba ofreciendo a las niñas que se agrupaban en torno de la mesa.

Ellas alargaban la mano con avidez golosa y durante un rato no se oía sino el chascar del dulce entre los dientes. Luego, el cucurucho pasaba á poder de Pepita que lo guardaba avaramente en la cómoda.

Y al tiempo que metía los caramelos entre la ropa, oliente á naftalina, sacaba la baraja, poniéndola sobre la mesa. Al punto se apoderaba de ella don Trinidad. Sus manos blancas, pequeñas, en cuyos meniques fulgían dos brillantes, deshacían con presteza el paquete y acariciaban los sobados napes, barajándolos con delectación voluptuosa. Mientras, concertábase la partida, que era de brisca, á seis juegos, y en la que se apostaban casi siempre los cafés con tostada, por supuesto, para la concurrencia. Como todas las mujeres querían ir de compañeras con don Trinidad, para que éste les pagase, si perdían, echábase á la suerte el codiciado puesto. Y arregladas, con mucho griterío y bullanga, tan trascendentales cuestiones, empezaba el juego.

Pero á lo mejor de él sucedía que llegaba un amigo, el cual, después de seguir un instante el ir y venir de las cartas, ya porque tuviera prisa ó enardecido á la proximidad de las jugadoras, sin aguardar á que terminasen, decía un recadito á alguna. Ella, sumisa, se levantaba. Y como la partida quedaba coja, los tres restantes, dedicábanse al tute arrastrado.

Y cuando la entrada de otro amigo interrumpía éste, Pepita y don Trinidad jugaban perros gordos al tute sencillo. Mas ocurría repetidas veces que de los interiores salía una vez demandando algún servicio y Pepita tenía que levantarse. Entonces don Trinidad, siempre plácido y tranquilo se ponía á hacer solitarios.

Todas las muchachas que concurrían á la casa, estimaban á don Trinidad, no sólo por estas amables condiciones de su trato, sino porque, á causa de su profesión, rendíalas inestimables servicios. Era médico. Tenía la visita de un hospital de niños, fundación piadosa de unas damas aristo-

## LOS IMPERTURBABLES

eráticas, que le ocupaba la mañana. La tarde dedicábala a su clientela, excepto los domingos, que la pasaba en casa de la Fiadora. Y pródigamente daba a sus amiguitas higiénicos consejos; en sus contratiempos las cuidaba solícite, y por su amistad con los médicos de la Beneficencia librábala de disgustos y molestias. Además, las hacía en sus apuros pequeños préstamos, cuya devolución no reclamaba nunca.

Los que por primera vez le veían instalado allí tan familiarmente, jugando a la brisca, sospechaban algún contubernio con Pepita la Fiadora. Pero a más de que Pepita, con su cara de modo viejo y su cuello larguirucho y granujiento como el de un galápagos, alejaba toda sospecha, pronto se convencían de lo contrario. Don Trinidad no abandonaba nunca el comedor.

Los amigos, que al principio se extrañaban de encontrar aquel señor fino y elegante en aquel lugar, pronto simpatizaban con él. Y charlando, charlando, se entablaban discusiones artísticas sobre pintura, sobre música, a la que don Trinidad era muy aficionado. Los nombres de Beethoven, de Wagner, de Chopin, de Schumann, desfilaban por el comedor trivial ante la indiferencia de las buenas mozas que en los cromos de la pared se dejaban abrazar por frailes fornidos. Las caras asombradas de las muchachas tomaban una imbecil expresión de aburrimiento.

Don Trinidad, siempre amable y plá-



—Tenga usted un novio para esto. El muy idiota se pasa la vida de pie. ¡Y que no veo forma de echarlo!

cido, veía marchar las parejas y tornaba a su tute con Pepita.

A veces algún sembrón ó algún borracho, la tomaban con don Trinidad y, fundándose en su nombre femenino le dirigían frases molestas hablándole con voz atiplada. Don Trinidad seguía su juego sin contestarles; y cuando los otros se largaban decía, sereno y dulce, que si no fuese por consideración a la casa habría

## HORAS TONTAS



—Y así se pasan las horas tan ricamente. ¡Sí, sí! Las horas son las únicas que pasan; pero hombres ni uno, y el que pasa, pasa de largo...

...  
 dado su merecido á aquellos mal educados.

Y pese á su dulzura y á su tipo inofensivo, nadie lo ponía en duda. Porque sabían que una noche intentaron atracarlo tres hombres y él, sin más defensa que su caña de indias, logró herir á uno y sujetar á otro, al que llevó como un cordero á la Delegación.

Una tarde faltó don Trinidad; y al llegar al domingo siguiente, con dos paquetes de caramelos en los bolsillos, las mujeres le preguntaron con interés sobre la causa de su ausencia.

—Tuve que salir de paseo con mi hija— contestó él sencillamente.

¿Cómo? ¿Don Trinidad tenía una hija? La noticia intrigó tanto, que el buen señor, algo molesto ya por la espontaneidad, se vió obligado á dar detalles.

Sí, tenía una hija... ¿qué había en ello de particular? Era viudo y vivía con la niña y una cuñada, en la que descansaba de los abrumadores cuidados que una muchacha impone. Pero la tarde anterior quedóse ésta en su casa—una indisposición— y él tuvo que salir con su hija.

Y ¿qué edad tiene? ¿Es gnapa? ¿Toca el piso? ¿Canta? ¿Tiene novio?... Con las noticias vulgarísimas sobre aquella existencia insignificante de niña burguesa que don Trinidad les daba, parecía que un aire nuevo, un aire de la vida libre entraba en la casa. Y las pobres mujeres, hetairas modestas, de vida reglamentaria y monótona, extrañas á lo que en torno

## EN LOS SUBURBIOS



—O'ga usted: ¿y eso de la ley de casas baratas, tiene algo que ver con nosotras?

—No sé; pero ya lo preguntaré en el ministerio.

de ellas se agita en la ciudad, le respiraban ávidamente y seguían con curiosidad las contestaciones del padre. Sí, la niña era bonita, tenía diez y siete años y tocaba el piano... De noviazgos, don Trinidad no sabía una palabra. Allá su tía...

Tanto apasionó la conversación, que hasta se olvidaron de la brisca, y al marcharse don Trinidad hubo de prometer, ante la insistencia de las mujeres, que al siguiente domingo traería un retrato de la niña.

— Tiene aire de buena. Se ve que es honrada — decían con ingenua convicción las coimas. Y se disputaban el retrato, admirándole sin reservas. Especialmente en aquello que las era más contrario. La seriedad de su rostro — esa seriedad con que las niñas se figuran pasar por mujeres — la suavidad de su mirar, la elegancia sencilla de su atavío. Tanto las gustó que se empeñaron en quedarse con él. Pepita dijo que lo colocarían en la sala, en un marco de *peluche* rojo. Don Trinidad tuvo que enfadarse para que se lo devolvieran.

Supieron que hacía labores y quisieron ver algunas.

Don Trinidad, siempre amable, vióse obligado á pedirselas á su hija, diciéndola que eran para unas clientes, unas señoras viejas. Y una tarde llegó cargado con un gran paquete en que había puntillas, cubresillones, visillos... Pepita y sus amigas, extasiadas ante aquellos primores de encaje, proclamaron muy alto que la niña era de lo que no se encuentra. Y al padre encantado, se le caía la baba oyéndolo.

Tan bien supo transmitir á su hija los elogios, que ésta agradecida, le entregó

unos visillos. Renacimiento, fineza que ella quería hacer á aquellas bondadosas clientes de su padre. Este se encontró algo azorado con el regalito. Pero al fin lo entregó. Los visillos se colocaron triunfalmente en la sala. Felizmente no tenían firma de la autora.

Un día llegó don Trinidad con una noticia magna. Su hija tenía novio. Ella

## LAS INSACIABLES



— Pues tenías razón: la próxima adjunta me costó 75 pesetas de cena. Con lo menudita que ella es, ¿eh?

— Ya le dije yo que debía ser de las que toman todo lo que las ponen por delante y algo más que piden.

misma se lo había dicho, porque aquél, harto de sufrir lluvias y vientos y calores, deseaba entrar en la casa. El aspecto amoroso de la cuestión colmó el interés de las mujeres. Todas se pusieron en el lugar de la novia, ilusionándose con la boda, soñando en los regalos, en los vestidos, en el viaje... En todo menos en el futuro, por el que sentían ese desdén que las mujeres *de la vida* sienten por el hombre exigente y engañado, por el macho que tiraniza y paga...

Sobre éste pusieron en guardia á don

Trinidad. No podía fiarse de ninguno. Y sacaban á colación las historias de sus seducciones, no las verdaderas, vulgares y olvidadas, sino las románticas, forjadas para interesar á los hombres en la intimidad de las alcobas, durante los descansos del placer.

Don Trinidad salió aquella noche con los pelos de punta de casa de la Fiadora, temeroso por el honor de su hija, pensando no encontrarla ya en su hogar .. Dicho

### PERRO LADRADOR..



—¡Así somos nosotros! Ya estoy sintiendo haberle despedido. Tanto decir que vamos á hacer y á acontecer y después todo se nos va por la boca.

samente el curso de aquellos amoríos mediocres y sosos no se torció, y la aventura terminó, como tantas, en matrimonio.

Se había ya fijado la fecha de éste, cuando la víspera, al llegar don Trinidad á su casa, notó un pronunciado olor á azahar. Todas las historias galantes de sus amigas se le aparecieron al médico en la penumbra del corredor. A quel olor denunciaba la excitación nerviosa de su hija, abandonada, perdida tal vez .. Corrió, siguiendo la dirección del aroma. Llegó al salón, donde el equipo se encontraba. Y allí, sobre el blanco traje nupcial que se erguía pre-uncuoso en un maniquí, sobre los rizados encajes de la ropa interior, anunciadores de misterios voluptuosos, sobre el niveo corsé que se entreabría con ansia de moldear curvas palpitantes, sobre las negras medias de seda, esas tristes medias que se estiran se estiran con afán de lograr la di-ha, sin alcanzar nunca, sobre las ropas, sobre los estuches, sobre las sillas, flores, flores de azahar, aromando todo, trayendo á aquel sombrío interior madeño luminosidades y frescuras, patios se-illanos, jardines de Valencia, vegas murcianas, carmes gran dino...

Y en medio la niña, la novia gentil, agitando una tarjeta y gritando;

Mira, papá, mira.

Cogió el médico la tarjeta y con asombro leyó, grabado en letras góticas sobre la cartulina muy satinada:

### Á LA HIJA DE DON TRINIDAD

*Las clientes de su papá.*

En tanto, la niña decía.

—¡Qué idea tan hermosa, tan delicada! ¿Verdad? Tienen que asistir á la boda. Yo misma iré á convidarlas.

Don Trinidad, asustado, contestó precipitadamente:

—No, hija, no, yo las convidaré. Pero ya verás cómo no quieren venir. Están las pobres tan viejas, tan delicadas ..

Entró gente. La novia, encantada, enseñó el feliz regalo de las «clientes de papá.»

Y por la imaginación de éste, como traída por el perfume virginal de a flor, pasó la visión enternecedora del comedor de Peaña, con sus cromos de frailes forrados y guapas hembras, con las coimas pintarriguadas, tiscando golosamente caramelos, en la cara de mico y el pesceño de galápago de la Fiadora, con sus nalgas ro-

COMENTARIOS



—¿Verdad que leyendo estas cosas se le pone á uno la carne de gallina?

—¡Se le pone á uno de tantas maneras!

bados y grasientos... Casada su hija, él quedaba libre, libre... Y sus ojos azules y tímidos, brillaron de alegría al pensar:

—Desde mañana podré ir un ratito todas las noches.

Rafael LEYDA

CAMAFEO GALANTE

I

—¿Me preguntáis, señora, que si os amo con un amor de eterna plenitud?...

En el fuego divino en que me inflamo va constante mi loca juventud.

Ansio locamente, mi señora, que á mi lleguéis, espléndida y triunfante como ansia las luces de la aurora, perdido en la alta noche, el caminante.

Que hay momentos, señora, que la vida nos recalina las muertas ilusiones

como incentivo á nuestra fe perdida.

Y ansiosos de amantísimos excesos, malherimos en flor nuestras pasiones por la efímera gloria de unos besos.

II

Perdonadme, señora, cuanto os digo impulsado por ansias del instante, que yo soy para vos el buen amigo que es á la vez vuestro mejor amante.

La vida me segó las ilusiones con desengaños de mujer traidora: se embotaron mis cálidas pasiones y en noche se trocó mi dulce aurora.

Pero en mis pasos por el mundo incierto os contemplé una vez. Volvió á la vida el corazón que imaginaba muerto,

y os proclamó, señora, en sus dolores, como bálsamo santo de su herida, ¡como amor del amor de sus amores!

A. RODRIGUEZ DE LEON



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verdicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

(uleros particulares de Ediciones ESPAÑA(S. ).

## SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

### CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. . . . . 2,00 ptas. tarro.  
Idem blanca. . . . . 1,50 . . . . .

Nota. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas á 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente.—Calles de Cuarte, 81 y Dr. Monserrat, 17. Valencia.

## Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas.

## IMPRESA

DE

### EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

## HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos pesares, estudios, &, viejos sin años recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirá gratis por correo, reservadamente

## Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, impus, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. Gayoso, Madrid; Gamh, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

## Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

### Tortilla al ron Un tomo de 256 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas e. Un tomo en el extranjero ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO dólares ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense UNICAMENTE A ANTONIO ROE, L.º ERREO, JACOME REZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.